

El tiempo postergado

Cabeza devorada

ANTONIO CORREA LOSADA

Taller de Edición Rocca, Bogotá, 2016,
62 pp.

LA POESÍA nunca intenta definir algo, o describir un objeto; siempre está en una búsqueda permanente de nombrar o revelar, no explicar, lo que está detrás de las cosas. Son las preguntas las que intentan precisarla dentro de su imprecisión, el misterio que nos rodea y que se muestra invisible a nuestros ojos. “Un árbol sin hojas que da sombra”, escribió el poeta argentino Juan Gelman.

Antonio Correa Losada (Pitalito, Huila, 1950) es uno de esos poetas que aún estamos por descubrir, un hombre que se ha ejercitado en ese vasto oficio de preguntar sobre lo que se esconde a la mirada. Su poesía es un continuo cuestionamiento de la vida, entre el sentir y el pensar, en lo que se escucha y se comprende en su secreto.

Vamos para dos años desde la publicación de *Cabeza devorada*, por Taller de Edición Rocca, y aún abrimos sus páginas para encontrar algo nuevo, asistimos a eso inaprensible que es la auténtica poesía y sus ascendencias. En este libro, como lo dice el poeta Ramón Cote en el prólogo, Antonio Correa se descubre en otro, en un yo inusitado. Hay una exploración diferente en la palabra con respecto a sus anteriores trabajos y se convierte en una miscelánea que guarda diversos temas pero con algo en común: existe allí una estética de lo metafísico, el poeta que mira el universo desde adentro y lo cuestiona.

Cabeza devorada es una colección de poemas escritos en prosa, dividida en cuatro partes. Su lenguaje se centra en la imagen, metáforas que se erigen para sembrar un tono casi místico, lírico también, adobado con un juego surreal que en ciertos momentos nos recuerda al Charles Simic de *El mundo no se acaba*.

La primera parte se titula “Gesticulación del oído”. Este es el eslabón que se conecta con sus libros anteriores. Hay una inmersión en el amor desde distintos ángulos, con el manejo inteligente de un erotismo casi oculto y,

desde luego, inquietante: “Después de hacer el amor me dijo en otras palabras que no volvería a verme. Desde ese día pone sus labios en mi oído y veo un perro que arrastra una longevidad dura, lastimera” (p. 19). Pero no es un amor que se enfoca únicamente en el deseo. También encontramos poemas a su hija “Manuela”, o esas emociones que se bifurcan entre el aquí y el allá, entre Bogotá y Quito. Antonio Correa es residente en Ecuador desde hace varios años.

La segunda, “Muda señal”, es la más corta del libro. Acá hay una pequeña serie de poemas que se encierran en el dolor y una angustia por lo imposible: “Entre la memoria y lo que hago anida un pez extraño. Gira en círculos incessantes en el agua y me impide salir por la corriente densa que el animal exhala en un ahogo profundo” (p. 38). Es la desesperación, un enclaustramiento que presiona la palabra y la expande sobre las paredes de una habitación donde no puede habitar el silencio.

“Sueño y espejo” es el título de la tercera parte. Acá vemos ese corte de poesía metafísica, esa que piensa y riñe con la existencia: “Mi cabeza clama una oración que aleje la dura asechanza de la indecisión. Lengua llena de orificios inútil como el canto de un gallo en el lote baldío” (p. 44). Es ese tipo de poemas que repliegan la luz, los que hurgan la mirada que ve hacia adentro.

En lo personal, la parte del libro que más me emociona es la última, titulada “Resplandor y tatuaje”. Es precisamente donde Correa Losada abre otro camino en la poesía, una caja que guarda un juego imaginativo y que fricciona la memoria de los hombres; hay algo ancestral que se recuerda en el poema, un universo escondido entre las grietas del tiempo. En efecto, hay un pasado que es presente o un presente que va hacia atrás, como quien desanda sus pasos: “Nosotros que venimos de quienes siguieron al bisonte y al reno con una daga ondulada de piedra entre las manos. Los vimos desangrar hasta morir en el trillo luminoso que descubrieron antes que nosotros” (p. 50).

En *Cabeza devorada* la poesía es ese fuego que ha encendido el hombre primitivo y que se repite en el devenir de su historia; un fuego que incendia

el amor, el dolor, la angustia, lo cotidiano, y que desata la imaginación y le devuelve a la pupila sus vocales. Una llama metafísica que nos define en nuestro propio misterio.

Henry Alexander Gómez